

solsament ab al dirilas, ditxós me feya.

Y may, may no passava un moment al dia que no pensés ab ella ¡tan la volia!

Mes un jorn vaig anar'hi pro á difrenta hora y un altre home tenia á la seva vora, que igual que á mi la ingrata l' hi prometia que mentres tingués vida l' estimaria.

Vaig fugir d' aquell puesto no poguent creurer lo que 'ls ulls se deixavan llavors de veurer...

Y á vuy quan l' he trovada y á dirli anava que tot entre nosaltres ja llest estava, Ha tornat encar ella ¡sembla mentida! á repetir ¡t' estimo mes que á ma vida!

J. C. MONTANÉ.

## Las bellotas de Juan.

¡Pero V., señor Perez, es de los que también cree que Maceo dejó las lomas por miedo á Weyler?

Quía, ¡hombre de Dios!

Sepa V. que á no haber sido por Juan, el jefe mulato izaría, la solitaria estrella, aun en los dias que corremos.

¡Que quien es Juan? ¡Pero V., señor Perez, no sabe quien es Juan!

Nada menos que el terror de la insurrección y el coloso que ha puesto en berlina á los Estados Unidos.

Como buen terruño, no sabia Juan leer ni escribir; habia pasado la mitad de su vida guardando cerdos en los encinares de por ahí, cuando la orden del Ministro vino á turbar la paz de su corazón y á sembrar el llanto en su cabañita.

Su madre quiso, antes de despedirle, colgar del cuello de Juan el santo escapulario de la Virgen; su padre, un beso en la frente, pero Juan, que además de padre, tenia hermanos, sus tocinitos y el bosque, no quiso partir á la guerra, sin llevar consigo un recuerdo de ellos.

Así pues, cogiendo unas tijeritas, dispuso la últi-

ma salida con sus cochinitos. Estuvo un rato pensando en si la oreja ó el rabo, pero, por temor al sufrimiento, se contentó con los pelótes de aquel, que puso bien guardaditos dentro una cajita.

Y ahora lo bueno de Juan! Héteme que se le ocurrió rellenar la caja con bellotas, en justo recuerdo al bosque.

Con toda su retahila de cosas que no dejó un momento, llega á Cuba y no bien se intenta el primer ataque, cae Juan herido mortalmente y en poder de Maceo.

Manda este despojarle de sus ropas y saquear conforme uso y costumbre de los honraos mambises cuando dan de lleno, con la caja de Juan, atada al cinto con trozos de cordel.

Presuroso, abre Maceo la caja y horror!!

Le parecieron las bellotas, (que él jamás habia visto) nuevos explosivos; máquinas infernales; municiones de nuevo armamento y más aumentaba su espanto, cuanto más las examinaba.

Creyó ver á nuestras tropas arrojando aquellos infernales proyectiles, con su pistoncito en la punta y su recámara en el dedalito. El terror se le impuso, y dando órdenes de retirada á su gente abandona las lomas y huye, huye, porque no quiere dar su cara, ni aun la espalda á los ojos del terrorífico Weyler.

He sabido tambien que dicha caja fue mandada á los Estados Unidos para su examen, pero no hay espadachín que se atreva á ello.

Sin duda que dormirá el sueño de los justos, allá, en un Museo de New-York con un cartel que diga.

«Infames proyectiles, usados inhumanamente por los españoles, durante la guerra separatista de 1894-97.»

¡Y quien duda, que viéndose la poderosa nación frente á frente de una pobre, pero fuerte como España y con armamento desconocido por ellos, habrase dicho Sam con los suyos: Dejémonos de tonterías y allá se lo coman con sus cerdos.

Y habrá dicho una gran verdad, porque si todos esos tíos, se dignan dar un paseíto por nuestra pátria